



## ESPACIO Y COMUNICACIÓN EN ANDALUCÍA

Vicente Romano

### I

El espacio y el tiempo no sólo son las coordenadas de la percepción sino que también determinan los procesos sociales de la comunicación. Las relaciones entre espacio y comunicación afectan a cualquier tipo de comunicación. Parece, pues, banal indicar que la dimensión espacial es esencial para la comprensión de los procesos comunicativos. Como se sabe, “los espacios son lo más importante, puesto que la percepción humana está espacialmente limitada y tiene que incorporar el espacio en ella”<sup>1</sup>. Sin embargo, es un hecho que hasta ahora no se le ha prestado atención a este estado de cosas. Se empezó a considerar por primera vez cuando se indagó de qué factores extra-tecnológicos y organizativos podía depender la difusión de los periódicos. Es en este contexto donde surgió el término de espacio de la comunicación. Pero incluso entonces el interés se limitó a la comunicación pública. Cabe que esta miopía tenga que ver con el desarrollo de la teoría de la comunicación, que quedó ligada en la comunicación mediada por los medios de masas, en vez de reflexionar primero sobre la comunicación humana en general, y la comunicación primaria, la interpersonal, la efectuada cara a cara, sin ningún aparato tecnológico, en particular.

Pero en los últimos años se está recuperando este retraso gracias a algunos investigadores e investigadoras que han orientado sus estudios hacia la comunicación directa. Al fin y al cabo se trata de procesos que afectan al comportamiento cultural de hombres y mujeres y a la cultura de la sociedad en su conjunto. La comunicación no sólo está condicionada por los espacios, sino que ella misma crea y configura espacios<sup>2</sup>.

Mientras que en la filosofía y en las ciencias naturales el espacio está bien definido, las ciencias sociales apenas se han ocupado de este concepto. Pero, aunque el término espacio se utiliza para designar muchas cosas, en el fondo el espacio se vive como territorio, como una porción divisible y asequible de superficie terrestre. Esto no excluye que, como término o idea, se aplique también transterritorialmente.

Así, se habla de espacios sociales y culturales, con lo que se significan, a su vez, territorios que se describen con relaciones y estructuras sociales y culturales, aunque no estén delimitadas linealmente. En este sentido hay que entender también el concepto de espacio cultural. Por eso el territorio “Andalucía” significa al mismo tiempo un espacio sociocultural.

Expresiones como experiencia, representación, sentimiento y conciencia del espacio son categorías elementales de todo lo vivo, y no sólo de la especie humana. Basta observar cómo los bebés van descubriendo paulatinamente su cuerpo, y cómo el proceso continuo de conquista consciente del entorno se inicia en el momento en que el niño aprende a darle un nombre a las cosas de su entorno.

---

<sup>1</sup> Pross, Harry: “Der standhafte Zinnsoldat”, *Das Plateau*, 43. Octubre 1997, pp.4-19

<sup>2</sup> Romano, Vicente: *El tiempo y el espacio en la comunicación. La razón pervertida*, Argitaletxe HIRU S.L., Hondarribia (Guipuzcoa) 1998.



## II

El lugar donde se hacen las primeras experiencias y se adquieren las primeras formas de relación es el hogar. En castellano, este término remite a las ideas de refugio, abrigo, a la comida como acto social, en suma, a la organización de la vida cotidiana. El hogar es el punto de contacto más directo del cuerpo con el medio natural y social. Señala asimismo una relación íntima con las cosas, una relación que crea en el hombre la sensación placentera de seguridad. De otro modo no se entendería el apego que sienten los hombres por hogares realmente incómodos y miserables.

Puede decirse en pocas palabras que el hogar es, entre otras cosas:

- 1) el lugar del contacto elemental humano, donde se hacen y adquieren las experiencias primarias;
- 2) una forma de cocinar y comer;
- 3) una forma de percibir, vivir y expresar la realidad;
- 4) un modo de actuación y adaptación al medio;
- 5) una manera de relacionarse y comunicarse;
- 6) el núcleo de la socialización;
- 7) una forma de la personalidad, esto es, del ser social.

Es evidente que todas estas formas de hogar varían mucho según el medio en que se desenvuelva la vida humana. El trato material con las cosas produce una vivencia determinada de la realidad, reflejada en las distintas maneras de expresarla. La producción material no sólo condiciona la situación económica del hombre sino que también determina el nivel y las formas de su espiritualidad.

En este contexto, no sólo importa concebir la socialización como formación de la personalidad en sus estructuras sociales, sino también como interacción consciente con los espacios en los que se mueve, comporta y orienta.

De todo lo anterior se deduce que los espacios vividos primaria y secundariamente, de forma inconsciente y consciente, determinan en gran medida la existencia humana y sus formas. Y estas relaciones se transmiten y crean a través del lenguaje. Pero no hay que olvidar cómo marcan también los espacios por su mera existencia. Basta recordar los ejemplos extremos de los habitantes de las montañas y de las islas, los del campo y la ciudad, los de la población dispersa y la concentrada.

## III

Ahora bien, al hablar de la relación entre espacio y comunicación, en particular de la comunicación pública, hay que tener en cuenta que la comunicación debe entenderse como parte de la actuación social, acercándose a la interacción. Cuando la teoría de la comunicación la toma en cuenta, se refuerza con implicaciones espaciales. En la comunicación directa, en el contacto elemental humano, los participantes actúan bajo determinadas condiciones espaciales. En cierto sentido, el espacio media la acción, adopta en cualquier caso el carácter de una variable interviniente. La acción social se efectúa siempre en lugares concretos, y lo mismo puede decirse de la comunicación, incluida la pública.

La historia de la comunicación directa es bien conocida. Sus testimonios están en las ágoras y foros, desde la Antigüedad clásica hasta hoy día. El papel social de los lugares de reunión en los distintos países, culturas y épocas lo han vuelto a descubrir, y por eso lo reivindican, los movimientos ciudadanos y ecologistas del presente.



El punto de vista decisivo aquí se refiere a la configuración del espacio para la comunicación pública. Con ello se establecen al mismo tiempo las formas políticas básicas. El público democrático necesita las discusiones. Los espacios no pueden rebasar ciertas dimensiones. Tienen que permitir y estimular las manifestaciones espontáneas de los ciudadanos, transmitir cierta intimidad y, sobre todo, satisfacer el sentido de belleza. Las grandes plazas, en cambio, toman en consideración la necesidad de los sistemas autoritarios y dictatoriales para las asambleas y desfiles rigurosamente organizados. Los ciudadanos se reúnen en ellas para recibir las consignas y las indicaciones. Hoy día, esto se hace reforzando la simbología visual de antes con los altavoces y cintas sonoras.

#### IV

En la relación humana con el espacio, regionalismo es precisamente un concepto clave. A pesar de todas las facilidades modernas de transporte, a pesar de la mayor movilidad de las personas en la civilización actual, a pesar de la sugestión medial de que se vive en una sociedad mundial (la aldea global de McLuhan), parece aumentar el interés por lo cercano. El regionalismo no implica necesariamente una determinada idea de extensión territorial. Es más bien un principio de orden social y político que puede adoptar las formas más diversas: desde la autodeterminación de áreas parciales de un todo estatal, hasta la autoadministración de municipios. También puede entenderse como fermento de peculiaridades culturales y formas especiales de producción en formaciones estatales centralistas.

Lo decisivo en el regionalismo es la autoconciencia de coexistencia y pertenencia surgida a través de la comunicación. De otro modo no se explicarían las cargas afectivas que se expresan en determinadas acciones políticas.

Por las teorías de la socialización y de la psicología social se sabe lo esenciales que son las relaciones comunicativas para la formación de la identidad, la capacidad de relacionarse con otros y la competencia comunicativa. La salud mental y la capacidad para delimitar el trato con otras personas y declararse solidario con ellas, todo esto se aprende en la interacción directa con el entorno natural y social. Y esto no puede hacerse de forma abstracta o medial, sino que implica acción directa en el aquí y en el ahora, interacción directa en un espacio y en un tiempo dados, con el concurso de los sentidos y de las posibilidades expresivas. Requiere la calidad especial del intercambio directo, del principio dialógico. Requiere el espacio de la experiencia sensorial concreta; la comunicación contextualizada y situacional. Exige la respuesta, la reacción humana, que amplía la visión, la comprensión individual del entorno social y del mundo.

Pero para desarrollar y practicar esta actividad se requieren condiciones básicas externas en las que puedan desplegarse. Es menester el entorno natural y social vivo, en vez de los sistemas tecnológicos rígidos en los que los seres humanos están fijados en el sentido del diálogo persona-máquina. Requiere espacios sensorialmente perceptibles en donde pueda desplegarse la profusión social y humana del instante. Se trata de “lugares del tiempo”, lugares del encuentro, de entrar en contacto: mercados, calles, plaza, patios, cafés, iglesias, etc.

La democracia, como sistema abierto, implica necesariamente espacios abiertos, a los que todos pueden acceder. El espacio público debe ser del público, o mejor dicho, de los públicos, el lugar de encuentro del pluralismo y de la interacción social. En este sentido, los espacios públicos tienen gran importancia para el disfrute y el uso colectivo del tiempo libre, de la comunicación, del consumo de cultura, del asueto y esparcimiento, etc.



Los especialistas en la subjetividad y en el logro de la felicidad y la realización personales vinculan cada vez más la satisfacción de las necesidades individuales con la de las colectivas y con el medio social en general. De ahí el interés por analizar las formas de convivencia que dificultan o favorecen el desarrollo de unas relaciones sociales más solidarias y enriquecedoras de la conciencia y de la personalidad.

Como resulta evidente, el origen y desarrollo de la personalidad reside en la relación del individuo con los demás. Cuanto mayor sea el número de personas con las que se relacione un individuo, tanto más numerosas y diversas serán las concepciones de la realidad, los puntos de vista. A través de esta interacción las diversas aportaciones de experiencia entrarán en conflicto y se depurarán. Si la personalidad se construye sobre la base de la relación directa de dos personas, por ejemplo, es como si se dispusiese de dos puntos de vista para considerar la inmensa riqueza plural y polifacética de la realidad. La pobreza de pensamiento y de experiencia, de conciencia, de un individuo formado en tales condiciones sería manifiesta. En cambio, la comunicación directa con un gran número de personas otorga cierto sentido de la relatividad de las opiniones y de toda experiencia.

Ahora bien, esta necesidad de relación no sólo se fundamenta en la etapa de formación del individuo, en la niñez y la adolescencia, sino que se mantiene constante a lo largo de toda su vida. Pues si la subjetividad tiene una necesidad absoluta de contactos con otras personas, para conservarse en equilibrio estable le es también indispensable mantener la comunicación con los otros. En el nivel actual de desarrollo del medio humano, al menos en los llamados países adelantados, no es posible que el individuo disponga de respuestas adecuadas para todos los estímulos que le llegan sin tener que recurrir a la experiencia colectiva general. Pero los seres humanos necesitan, sobre todo, la comunicación con otros en los momentos de agresión física y espiritual, ante las manifestaciones de violencia real y simbólica, efectuadas sobre todo a través de los medios de comunicación de masas. En el pasado y en las áreas más atrasadas de todos los países esta violencia simbólica se manifiesta bajo las diversas formas de superstición, por ejemplo. En las sociedades modernas algunos aspectos de la propaganda política y comercial, así como ciertas prácticas religiosas, son verdaderos instrumentos de agresión espiritual. A ella habría que sumar los numerosos temores y angustias generados por la sociedad actual: amenazas de guerra nuclear y convencional, paro, crisis bancaria y económica, enfermedades, etc.

No hay que pensar demasiado para darse cuenta de la distinta intensidad del impacto provocado por estas formas de agresión en el individuo aislado, con escasa o nula relación con otros, y en el que se encuentra en comunicación directa y constante con otras personas. En el primer caso, el individuo contemplará la idea agresiva bajo un mismo aspecto, que acabará en forma de neurosis, ya que no tiene la posibilidad de contrarrestar la relatividad de las imágenes agresivas. En el segundo caso, el contraste de opiniones tenderá precisamente a relativizar la agresión, criticarla y desenmascararla.

Conviene tener presente que las relaciones que contribuyen a modelar, desarrollar y enriquecer la personalidad son las que tienen un significado y se insertan en los intereses y preocupaciones del individuo. No se trata, pues, de los meros encuentros casuales, los saludos convencionales o la chachara sobre el tiempo. Las relaciones significativas son aquéllas en que se presta atención recíproca y el diálogo transcurre entre interlocutores iguales y válidos. Es en el aislamiento de los demás como el individuo se desconoce, carece de seguridad y confianza en sí mismo. Sólo cuando los demás confían y aprecian a uno es cuando se descubre el propio valer y se adquiere confianza en uno mismo.



El conjunto de las relaciones significativas y las condiciones que las determinan es lo que se denomina aquí *forma de convivencia*. Por consiguiente la forma de convivencia comprende las relaciones significativas y los factores objetivos que las determinan, entre los que se destacan la clase social, el tipo de trabajo, el empleo del tiempo libre, etc. Entre todos estos factores condicionantes de las relaciones significativas, y en última instancia de la personalidad, se destaca la vivienda, o mejor aún, la disposición espacial de la vivienda. Tal vez sea, junto con el trabajo, el factor más importante y condicionador de otros. La mayoría de la población, especialmente mujeres, niños y jóvenes, pasa la mayor parte del tiempo en ella. De donde es lógico derivar la influencia de la disposición de la vivienda en forma de convivencia.

Sin embargo, aunque actualmente se escribe de todo, hasta de las cosas más inverosímiles y fantásticas, apenas se ha escrito algo sobre la distribución espacial de la población y su efecto sobre la conciencia y la conducta humanas. De ahí que valga la pena reflexionar un poco sobre las distintas formas de vecindad y su relación con el comportamiento del ser humano.

## V

En Europa y, particularmente, en España pueden distinguirse en términos generales dos formas básicas de poblamiento y, en consecuencia, de vecindad y convivencia: la *dispersa* y la *concentrada*. Cada una de ellas puede subdividirse, a su vez, en dos tipos principales. La población espacialmente dispersa puede vivir en *casas de labor o caseríos* y *aldeas*, mientras que la población concentrada puede hacerlo en *agrovillas* y *megalópolis*.

En este contexto, el tipo de poblamiento, la disposición espacial de la vivienda condiciona y determina las formas de convivencia, las relaciones humanas, y en última instancia los elementos constitutivos de la subjetividad, esto es, de la personalidad.

La dispersión espacial de la vivienda en caseríos y pequeñas aldeas es la forma predominante del norte de España, especialmente en la zona que se denomina España húmeda. Cada familia vive en una casa compuesta principalmente por la vivienda familiar, los establos, graneros, etc., y rodeada de huertos y prados. De ahí que la disposición de las casas no responda a ningún tipo de ordenación y se hallen aisladas unas de otras. Es el tipo de casa de labranza que, a pesar de las peculiaridades específicas de cada lugar, también predomina en Centroeuropa, Inglaterra, Norteamérica, etc.

La separación entre aldea y ciudad marcó la ampliación y el ahondamiento de la división social del trabajo. Las ciudades surgieron y crecieron como centros de los oficios, del comercio, de la administración y de la cultura. Por oposición al agro, la ciudad clásica se entiende como “todo poblado donde la mayoría de los ocupantes están dedicados a actividades no agrícolas”<sup>3</sup>. Según los sociólogos expertos en el tema, el mundo urbano difiere del rural por: la ocupación, el medio, el tamaño de la comunidad, la densidad de la población, la heterogeneidad u homogeneidad de la misma, la diferenciación o estratificación social, la movilidad y el sistema de interacción social.

Sin necesidad de recordar el desarrollo histórico de las ciudades y los rasgos de la civilización urbana, que por lo demás está bastante estudiado, conviene, sin embargo, tener presente que la formación de megalópolis y grandes centros industriales es muy reciente en España. Una de las características de este rápido crecimiento urbano, efectuado bajo una especulación descontrolada y feroz del suelo, sin ningún criterio de

---

<sup>3</sup> E.E. Bergel: *Sociología urbana*, Editorial Bibliográfica Argentina, Buenos Aires 1955, p.18.



planificación, ha sido la de considerar la vivienda como elemento aislado de su entorno, de modo que habitación y ciudad se han disociado<sup>4</sup>. Esta circunstancia, sumada a los conocidos aspectos deshumanizadores de las megalópolis, ha inducido a algunos expertos a preguntarse si la gran ciudad y el cambio social evolucionan hacia la barbarie. Porque una ciudad es, y debe ser también, un conjunto de relaciones sociales, una red de relaciones humanas que resulta excluida de antemano si la vivienda se considera únicamente como mercancía destinada al lucro, al enriquecimiento rápido de unos pocos.

## VI

Ante la ruptura de relaciones sociales, ante la fragmentación del individuo y los obstáculos crecientes a la solidaridad humana que supone la gran ciudad, vale la pena llamar la atención sobre otras formas de poblaciones concentradas, existentes desde hace siglos y que hasta ahora apenas han tenido en cuenta los expertos. Se trata de las pequeñas ciudades rurales predominantes en el tercio sur de España. Su conocimiento puede contribuir a comprender mejor y, tal vez, apuntar salidas a algunos de los problemas que afectan al hombre de hoy.

Los primeros ensayos de solución para contener la huida del campo por parte de la población joven empezaron a discutirse y llevarse a cabo en la Unión Soviética durante la década de los 50. Consistían en modificar la forma de explotación y las condiciones de vida de los campesinos. Los planificadores soviéticos propugnaban la agrupación de varias aldeas cooperativistas para construir núcleos de población lo bastante grandes (unos 10.000 habitantes) para sostener los servicios mínimos indispensables. Así es como nació un nuevo concepto, la *agrogorod*.

Por el mismo tiempo, y cuando el éxodo rural empezó a tomar proporciones masivas, algunos ingenieros agrónomos españoles se sintieron atraídos por una solución tan simple y bonita como la de destruir ocho o diez pueblos o un par de docenas de aldeas y construir en el lugar más céntrico una villa de 8 a 10 mil habitantes a fin de acoger a la población campesina. Buscaron afanosamente información sobre estas cuestiones en las publicaciones extranjeras, sin reparar en que tenían a la vista, en el patio trasero, un viejo ensayo histórico de agrovillas y agrociudades. La solución que propugnaban era inviable en la década de los 50 y sigue siéndolo hoy día. ¿De dónde se van a obtener las inversiones necesarias, sin ir más lejos?

La creación de agrovillas y ciudades plantea problemas tan graves o más que el de la financiación. El establecimiento de semejantes agrociudades significa un cambio radical en la forma de producción y en las condiciones de vida de los campesinos. Entre otras cosas significa:

- 1) la total separación entre hogar y actividad productiva e instalaciones agrícolas y ganaderas;
- 2) la transformación de la agricultura tradicional en la nueva agricultura exigida por el desarrollo de la industria y los servicios, no dedicada a producir alimentos, sino materias primas para la industria alimentaria;
- 3) las explotaciones agrícolas, al dejar de servir a necesidades inmediatas y multiformes, se especializan en los cultivos para los que parecen más aptas y adecuadas;

---

<sup>4</sup> Manuel Castells: *Crisis urbana y cambio social*, siglo XXI Editores, Madrid-México 1981.



- 4) de este modo se pueden establecer precios de producción en la medida en que ya se pueden contabilizar todos los *inputs*, la mano de obra y la renta del suelo, y se pueden hacer balances de explotación;
- 5) lo que quiere decir que esta población agrícola produce únicamente para el mercado y a precios competitivos, lo que supone una mejora notable de sus ingresos con los que hacer frente a la adquisición de todo lo que necesitan.

Las peculiaridades de este tipo de poblamiento, de su disposición espacial y de su relación con el entorno permiten calificarlo de agrovillas. Se trata de un tipo de poblamiento que, en términos generales, se caracteriza por:

- 1) El predominio de edificios de una o dos plantas, que limitan unos con otros, son contiguos, y carecen, por tanto, de suelo dedicado a huertos, prados, etc., alrededor de la vivienda.
- 2) Obedecen a un ordenamiento urbano determinado por calles y plazas, relativamente cuidadas y limpias.
- 3) Las salidas más fáciles y frecuentes dan a la calle, de manera que las puertas están muy próximas.
- 4) Los hombres (y, a veces, las mujeres y los niños) tienen el trabajo fuera de la población, en el campo, sobre todo como jornaleros.

La interacción con el medio físico y humano en las agrovillas del sur de España ha producido una forma de convivencia, esto es, un determinado conjunto de relaciones significativas, que vale la pena analizar.

## VII

Las agrovillas andaluzas son verdaderos núcleos urbanos, aunque su número de habitantes pueda oscilar entre los 1.000 y los 50.000 o más. Uno de sus rasgos distintivos estriba en que, a diferencia de los núcleos urbanos del norte, la mayoría de la población la constituyen braceros y jornaleros, esto es, obreros rurales. Al carecer de tierras propias y trabajar casi siempre de forma colectiva para los grandes terratenientes y campesinos ricos, carecen del sentimiento de propiedad que se da en el pequeño campesino del norte. Los obreros agrícolas trabajan una jornada laboral fija, por la que cobran un salario determinado con el que tienen que arreglárselas para vivir. Es decir, viven al día, igual que las gentes de las grandes ciudades y centros industriales. Tienen conciencia de sus intereses comunes y se organizan sindicalmente para defenderlos y mejorar colectivamente sus condiciones de vida y de trabajo. Las luchas y agitaciones campesinas del sur no tienen parangón en el norte.

La disposición concentrada de la vivienda, tal como se describe más arriba, dificulta el aislamiento de la población y fomenta las relaciones personales, lo que, a su vez, condiciona la formación y el desarrollo de un tipo de personalidad. Desde que nacen, los niños se crían bajo las atenciones de familiares vecinos. Tan pronto como pueden andar salen a la calle, cuyas aceras están cuidadosamente barridas y fregadas. En la calle juegan niños y niñas juntos. Este trato recíproco influye en el modelamiento de su conducta social. Cuando el niño alcanza la edad escolar va y viene a la escuela en compañía de sus vecinos. La gente de las agrovillas conoce ya el valor social de saber leer y escribir. Como, salvo en contadas ocasiones, las mujeres y los niños no trabajan, es normal que los niños y adolescentes estén siempre jugando en las calles y las plazas o en las afueras de los pueblos, incluso hasta altas horas de la noche. La estrecha convivencia fomenta la iniciativa y favorece el aprendizaje de las reglas de comportamiento social. A través del juego colectivo el niño aprende a comportarse



conforme a reglas y vive el sentido de reciprocidad. El largo e intenso contacto comunicativo de unos con otros influye de manera decisiva en la génesis de sentimientos de aprecio mutuo y de amistad. Este tipo de relaciones personales establecidas en la infancia y en la adolescencia, esta relación íntima con el entorno social influye de manera decisiva en el amor al terruño. La pérdida de esta relación íntima con las cosas es lo que caracteriza precisamente el desarraigo.

La vida social se hace en la calle. Como el clima lo permite, las mujeres se sientan a coser en la calle o a tomar el sol o el fresco (según la estación del año) en la puerta, actividades de trabajo o de ocio que aprovechan para comentar y criticar toda clase de acontecimientos y comidillas. Por otro lado, al no trabajar fuera de casa, dedican sus fuerzas a la limpieza y al cuidado del hogar, de los niños y de sí mismas. Como las viviendas son contiguas y dan a la calle, se ven y observan unas vecinas a otras. De ahí que se dé una verdadera emulación por mantener las fachadas y aceras más limpias, las flores más bonitas y los hijos mejor aseados. El niño que anda sucio se ve rechazado por las madres de los otros, que constantemente tienen su atención puesta en la calle y en el “que dirán”. Es algo distinto a las tres K (Küche, Kinder, Kirche) del ideal tradicional de mujer alemana.

Todos saben lo que sucede en las casas vecinas. Los hogares están abiertos al entorno físico y humano. La relación abierta y espontánea con las cosas y las personas genera la personalidad extrovertida, la jovialidad y locuacidad tan características de la población meridional, así como la atención y cordialidad con el forastero. A veces resulta difícil saber cuándo se habla en broma y cuándo se habla en serio.

La mayor parte de la gente se conoce, precisamente porque se tratan. Los obreros agrícolas se suelen reunir por las mañanas en un lugar a la espera de que los contrate algún campesino rico, gran terrateniente o su administrador. Es natural que hablen entre sí y comenten las incidencias del trabajo, los salarios, las preocupaciones personales, las noticias, la situación política, etc., la población se encuentra también en los mercados y tabernas, así como en los acontecimientos sociales: fiestas, bodas, bautizos, entierros, etc.

A diferencia de la población cosmopolita de las grandes ciudades, los habitantes de las agrovillas tienen una experiencia directa de las cosas, de los demás y de la solidaridad. Hablar de las cosas es tenerlas presente, vivirlas. La forma de relación de la mente con la realidad es lo que hace que el niño de la gran ciudad o el hombre cosmopolita piense con palabras, mientras que el del campo piensa en conceptos y cosas. La intensa relación con la naturaleza y con el medio humano genera una forma de pensar realista, objetiva y progresista. Todos los movimientos liberales españoles se dieron en el sur.

La forma de coexistencia de la agrovilla es el caldo de cultivo para la convivencia y el desarrollo de los sentimientos colectivos, de la solidaridad. La comunidad de preocupaciones empuja a los individuos a buscar ayuda en los otros para solucionar los problemas propios. Cuando el individuo se enfrenta con dificultades se esfuerza por hallar información adecuada en otros. El ser humano es entonces más receptivo y la información recibida se integra con mayor rapidez en la base previa existente.

Las ventajas de este tipo de convivencia para el individuo son evidentes. Cuanto mayor es el número de relaciones sociales o comunicativas, tanto más rica es la personalidad. Y se sabe que la persona más informada es la más relacionada. Cuanto más numerosos y diversos sean los puntos de vista, las aportaciones y matices, tanto más amplio será el intercambio de experiencias y el conocimiento de la realidad. El desarrollo del ser humano íntegro, de la plena humanidad, exige el despliegue





multilateral, no unilateral, de la personalidad. La comunicación con otras personas resulta necesaria para organizar y ampliar el conocimiento y para superar las dificultades. El individuo aislado y poco relacionado no dispone de respuestas adecuadas para todos los estímulos del medio. De ahí la utilidad de la experiencia colectiva general.

Pero los seres humanos no sólo necesitan la comunicación (comunidad) con otros en los momentos de agresión física, sino también para defenderse de la agresión espiritual, de la violencia simbólica. No hace falta reflexionar mucho para darse cuenta del impacto provocado por las distintas formas de agresión en el individuo aislado y en el que se encuentra en comunicación directa con los demás, como se dijo más arriba. Angustias, amenazas y supersticiones pierden su efecto y poder tan pronto como los afectados hablan entre sí, que en las agrovillas será poco después de pronunciarlas. Lo mismo sucede con la influencia de los medios masivos de comunicación, que en las condiciones de las agrovillas se relativiza considerablemente. Otro tanto podría decirse de la propaganda política que se dirige a inculcar un sentimiento o una idea para la acción. Aquí fracasaría aquella consigna del nazismo en el sentido de que el deseo ardiente de los nazis era que todos los alemanes marchasen codo con codo, pero cantando para impedir que se hablaran. En esta cultura la gente no para de hablarse unos a otros, de comentar las cosas más nimias y, por consiguiente, de contrastar las opiniones. De este modo pueden desarrollar una conciencia más plural, adquirir una subjetividad más rica, a pesar de la omnipresencia de los medios de comunicación en sus vidas. ■